9745

Isaac del Vando-Villar
Luis Mosquera

Vando-Villar

"Rompe-cabezas"

comedia

10

Madrid 1921

ISAAC DEL VANDO-VILLAR
LUIS MOSQUERA

ROMPECABEZAS

(COMEDIA)

GRABADOS DE BARRADAS

ES PROPIEDAD

A la Excelentísima Señora Condesa de Lebrija.

Grabado de B. rradas

ACTO PRIMERO

El estudio de Nancy, decorado al gusto exótico y lujoso de los grandes artistas de vanguardia en París. Los muros se hallarán tapizados con telas negras estampadas de grandes margaritas de oro y un alto zócalo de tonos claros. A derecha e izquierda, puertas laterales. Al fondo, un gran ventanal con stor corrido, color amarillo-ámbar. En el ángulo derecha, un diván forrado de telas moradas. En este lateral, entre el diván y la puerta, una chimenea. Sobre ella algunos retratos y búcaros con rosas. Delante del diván, una mesita de laca, redonda, ancha y muy baja, sobre la que habrá un quinqué con pantalla de colores simultáneos En el ángulo izquierda, un biombo de tonos verdes con margaritas de oro. Delante del biombo un caballete cubierto por una tela antigua. Al fondo, una pequeña mesa, donde habrá licores y pastas. Distribuidas por la escena, sillas de laca y dos de tijera, propias de pintor. En una de estas sillas, hacia el fondo, de modo que no sea visto desde el público, un bastidor pequeño con un bordado a medio terminar. En el diván y en torno de la mesa de laca, cojines redondos de tisú, de reflejos diversos, intensos y maravillosos, que cambian según la luz que reciben. En el centro, sobre el suelo, una alfombra grande. La escena estará iluminada por unos extraños tonos cambiantes que figura recibir del quinqué colocado sobre la mesa de laca.

ESCENA PRIMERA

DONCELLA, DESPUÉS D.ª CARMEN, D.ª ISABEL Y BETTY

Al levantarse el telón se encuentra en escena la doncella quitando las rosas mustias de los búcaros colocados sobre la chimenea. Con los ramos secos en las manos hace mutis por la izquierda.

DOÑA CARMEN

Entrando por la puerta derecha. Por aquí, doña Isabel.

DOÑA ISABEL

Entrando. Vamos a sorprender el rincón donde trabaja la gran artista.

DOÑA CARMEN

Es un poco raro...

Al penetrar en el estudio, doña Isabel y Betty se muestran sorprendidas. Breve pausa.

677458

DOÑA ISABEL

¡Oh! Todo esto es de un gusto delicado y extraño. Yo no me atrevo a opinar sobre la escuela nueva de Nancy, tan discutida, porque nunca acertaré a comprenderla...

DOÑA CARMEN

Si he de serle sincera, a mí me ocurre lo mismo; son caprichos de mi hija adquiridos en el extranjero. Allí los celebran mucho.

DOÑA ISABEL

A su hija. Betty, tú que eres pintora, debes decirnos algo...

BETTY

Con timidez. ¡Oh, mamá; yo solo pinto por afición inocentes acuarelas...! Mi pintura es sencilla... El arte de Nancy es complicado y maravilloso; me desorienta y no me atrevo a juzgarlo ni encuentro palabras para definirlo.

DOÑA ISABEL

¡Cuánto nos contraría no poderla ver para felicitarla!

DOÑA CARMEN

Nancy está ahora en el Salón de Arte Moderno; esta noche se celebra la clausura de su exposición.

DOÑA ISABEL

Extrañada. ¿Ha ido sola?

DOÑA CARMEN

¡Oh, no! La acompaña su padre.

BETTY

Aproximándose al diván para admirar los cojines. Mamá, mira qué cojines tan suntuosos. Parecen una fiesta de colores.

DOÑA ISABEL

¡Oh, sí, son magníficos!

BETTY

Tocando la tela que cubre el caballete. Este tisú antiguo es de mucho efecto; con su nota clara rompe la armonía del conjunto.

DOÑA ISABEL

Es verdad. *(Iniciando la despedida).* Volveremos otro día; es hora de cenar y tenemos que marcharnos.

DOÑA CARMEN

Que las veamos pronto; tendremos mucho gusto.

DOÑA ISABEL

Felicite a Nancy. Otro día lo veremos todo con más detenimiento.

BETTY

Trasponiendo la puerta derecha en unión de doña Carmen y doña Isabel. Muchísimas cosas a Nancy.

DOÑA CARMEN

Le serán dichas de su parte. *Mutis las tres.*

ESCENA SEGUNDA

DONCELLA, DESPUÉS NANCY, PAULINA, ALICIA, D.ª CARMEN, JORGE, DON CARLOS, ENRIQUE, FELIPE Y MARCOS.

La doncella entra por la izquierda trayendo las rosas nuevas que coloca en los búcaros. Suena un timbre y rápidamente desaparece por la derecha. En los pasillos se oyen voces y risas. Enseguida penetran en escena Nancy, con un gran ramo de rosas entre las manos; Paulina, Alicia, doña Carmen, Jorge, don Carlos, Enrique, Felipe y Marcos. Todos llegan jubilosos, dispersándose por el estudio.

ENRIQUE

Dirigiéndose a doña Carmen. Venimos de presenciar el triunfo de vuestra hija. He aquí *(señalando a Nancy)* el raro caso de una mujer que ha subyugado solo por su arte.

PAULINA

A doña Carmen. Es para sentirse orgullosa y olvidar los incidentes inoportunos de esta memorable jornada.

ENRIQUE

A doña Carmen. Figuráos, señora, el espectáculo más grotesco y conmovedor, ofrecido por los visitantes en los primeros días. En algunos burgueses, la incomprensión fué tan completa, que inclinaban la cabeza sobre el hombro para ver mejor, creyendo, sin duda, que los lienzos estaban colocados del revés. Otros, indignados, abandonaban el Salón al poco tiempo de entrar, diciendo que aquello parecía la antesala de Esquerdo.

MARCOS

Era para morir de risa. ¡Pobres!

ENRIQUE

Pero en medio de este ambiente hostil, supieron erguirse unos espíritus jóvenes y ahuyentar a los amantes de lo tradicional y de lo viejo. Yo no vacilé cuando los defensores del nacionalismo de exportación quisieron hacerte el vacío y todos dudaron de tu éxito, Nancy. *(Alicia, Felipe y Marcos, con el gesto y con las manos hacen signos negativos).* Entonces te dije lo que ahora repito: El artista que sabe recoger los instantes y trasladarlos al lienzo para expresar de la forma que tú lo haces la vida dinámica actual, tiene enroscada en su mano derecha la taumatúrgica sortija del futuro.

TODOS, *con bromas.*

¡Bravo, bravo, muy bien!

NANCY

Sentándose con un gesto de cansancio. Estoy aturdida. Se me antoja que con tantas emociones he logrado confundir la alegría con la tristeza.

FELIPE

A Nancy. Es la emoción del triunfo que duerme como un niño en su regazo.

JORGE

Sentándose próximo a Nancy. Los demás se sientan con familiaridad o permanecen de pie. Me agradaría sentirme unos instantes abrasado por la misma llama que a usted la posee.

ALICIA

¡Yo también he tenido una noche suspendida sobre mi frente la terrible balanza de la Inmortalidad! En un momento, el platillo del fracaso llegó a igualarse con el de la gloria; después, como una descarga eléctrica, sentí los aplausos de la multitud sobre mis espaldas y fuí crucificada por las flechas de todas las miradas. ¡Oh, amigos! El triunfo, cuando es sincero y espontáneo, se siente en el corazón como un loco volteo de campanas.

MARCOS

Yo creo que es una ofrenda que los viejos dioses hacen a los elegidos.

ENRIQUE

Después de todo, acaso el triunfo no sea más que una ridícula manifestación que los seres inferiores hacen a otros que ellos consideran superiores. Pero él tiene en sí el beleño del olvido y la promesa de que ningún daño volverán a hacernos nuestros rivales.

NANCY

Encendiendo un cigarrillo, que arroja poco después. Obsequia a los amigos, mamá.

DOÑA CARMEN

En seguida. (*Se levanta, dirigiéndose a la mesa del fondo, de donde cogerá una bandeja con pastas y licores, ofreciéndolas.*) Dispensadme, ha sido un olvido involuntario...

DON CARLOS

Es que a este Enrique no se le puede interrumpir cuando habla. No hay más remedio que escucharle como a un oráculo.

ENRIQUE

Cogiendo dos copas, una de las cuales ofrece a Nancy. ¡Hurra por Nancy!

TODOS, *de pie.*

¡Hurra!

FELIPE

Por la alegría de ser artista.

TODOS

¡Hurra!

JORGE

Inclinándose ante Nancy. Por la alegría de saludar a la Belleza.

TODOS

¡Muy bien, muy bien! *Todos beben* y *sueltan las copas.*

ALICIA

¡Cómo se inunda el alma de optimismo en estas comuniones del espíritu!

MARCOS

Parece que solo se vive para el ideal.

ENRIQUE

Lejos de los lentes miopes, este estudio es un rincón del Olimpo.

JORGE

El Kummel exalta la fantasía de los poetas.

NANCY

Contrariada. ¡Por Dios, Jorge! Usted tendrá siempre una ironía para estrangular los gritos más jubilosos.

ENRIQUE

Riendo. La pedrada ha sido para mí, pero hoy me siento generoso y lo perdono todo.

JORGE

Menos el Kummel.

ENRIQUE

¡Oh, a ese no! Pero en cambio sería capaz de perdonar hasta a mis editores.

TODOS, *con ironías.*

¡Bravo, bravo!

DON CARLOS

Esa generosidad le enaltece.

ALICIA

Desde hoy te llamaremos Enrique el Magnánimo.

ENRIQUE

Llamadme mejor el Poderoso, el Invulnerable...

FELIPE

¿Qué sésamo posees para que te nombremos así?

NANCY

¿Qué nuevo secreto descubriste?

ENRIQUE

Uno asombroso, verdaderamente asombroso. Figúrense que poseo el secreto de la nueva poesía.

FELIPE y MARCOS

A un tiempo. Habla. ¿De qué se trata?

JORGE

Esperamos impacientes la revelación.

FELIPE

Es posible que sea alguna broma.

ENRIQUE

No, aseguro que no; es algo muy serio. En París se ha ensayado ya con resultado excelente. Ello es así: Se toma un sombrero en el que se introducen, recortadas una por una, las palabras de un libro. Luego se sacan al azar y con ellas se van componiendo los versos de las dimensiones que se deseen.

MARCOS

¡Es estupendo!

NANCY

¡Qué lindo!

JORGE

Con ironía. Quiere decir que, según el tema del libro elegido, así será la índole de la poesía que se obtenga.

ENRIQUE

Nada de eso. Puede darse el caso de obtener de un libro de cocina una composición erótica.

MARCOS

¡Es magnífico el procedimiento!

JORGE

Pero eso significa la bancarrota de la lógica.

ENRIQUE

Es que la lógica, en cuestiones de arte moderno, es un gran absurdo.

FELIPE

Observo, querido Enrique, algunas imperfecciones en tu método. Mi invento del pincel eléctrico será más positivo. Bastará con derramar sobre el lienzo los colores fundamentales, y el pincel,

movido por la electricidad, se encargará de resolverlos. Así se suprime la vulgaridad del dibujo y nos redimimos de todo trabajo manual.

ALICIA

Me parece admirable. ¿No se podría aplicar ese adelanto a la música? Algo así como que la electricidad ejecutase las creaciones que uno fuese imaginando.

FELIPE

A Alicia. Lo intentaremos, amiga mía. No creo que sea difícil...

NANCY

A mí me encanta oir hablar de estas cosas. Si mamá me lo permitiese, pintaría en aeroplano los paisajes de las ciudades más interesantes.

Se levanta y coge de la silla de tijera, que se halla al fondo, el bastidor, volviendo al mismo sitio, donde dará dos o tres puntadas, soltándolo enseguida.

DOÑA CARMEN

En el momento en que Nancy vuelve la espalda para coger el bastidor. ¡Qué cabecita más frágil!

DON CARLOS

A Jorge. ¿Ha escuchado usted en su vida más desatinos en menos tiempo?

JORGE

Déjelos hablar. Juegan con sus ideas como clownes malabaristas.

ALICIA

Consultando su reloj. Es demasiado tarde. Felipe, ¿quisiera hacerme el favor de acompañarme hasta casa?

FELIPE

Con mucho gusto.

MARCOS

Yo también me agrego a vuestra comitiva.

NANCY

¿Pero se marchan ustedes?

ALICIA

Sí, es muy tarde. *(Besando a Nancy).* Te repito mi sincera felicitación.

NANCY

Gracias, gracias. *Nancy da la mano a Felipe y Marcos, efusivamente.*

ALICIA

¿Se queda usted, Paulina?

ENRIQUE

Mi mujer y yo nos quedamos un momento más para discutir con don Carlos.

DON CARLOS

Es cosa difícil.

ALICIA

Pero si don Carlos es también un humorista. Adiós, adiós Nancy... *Mutis de Alicia, Felipe y Marcos por la derecha.*

ESCENA TERCERA

NANCY, JORGE, DOÑA CARMEN, DON CARLOS, ENRIQUE Y PAULINA

ENRIQUE

A Nancy. ¿Estará enamorado Felipe de Alicia?

NANCY

Es posible... Pero puedo asegurarte que no conseguirá nada. Alicia es una virtuosa de la música.

JORGE

¿Acaso el amor es incompatible con el arte?

NANCY

No sé. Yo entiéndo que el verdadero artista solo debe amar su obra.

JORGE

Pero usted no me negará que muchos artistas se casan. *Señalando a Paulina y Enrique.* Aquí tenemos una prueba.

ENRIQUE

No creo que Nancy sea enemiga del matrimonio. Lo que quiso decir es que para el artista lo esencial debe ser el arte.

NANCY

Con viveza. No, no, Enrique. Sé bien lo que he dicho. Soy enemiga declarada del matrimonio.

JORGE

Me parece que eso es un error. Yo, hablando por lo que al hombre se refiere, entiendo que la mujer puede llegar a convertirse en su musa o en su colaboradora. Paulina se encontrará en ese caso.

PAULINA

Gracias, Jorge, pero no creo haber llegado a tanto.

NANCY

Usted, Jorge, ve las cosas de una manera demasiado realista.

JORGE

Quizás. En cambio, vosotros consideráis el amor como una cosa primitiva y romántica.

ENRIQUE

Y así es.

JORGE

Entonces usted, ¿por qué se casó?

ENRIQUE

No son los malos ejemplos los que deben tenerse en cuenta.

DON CARLOS

¿No le riñe usted Paulina? Mire lo que dice...

PAULINA

Es posible que tenga razón.

ENRIQUE

A su mujer. No hagas caso, es para oir a nuestro amigo don Carlos.

DON CARLOS

¿A mí? Pues usted sabe que yo resuelvo pronto estas cuestiones. Me parece que estáis locos de atar.

ENRIQUE

Sí, sí, diga lo que quiera; pero esta noche bien ha gozado con el triunfo de la niña.

DON CARLOS

¡Hombre!

NANCY

¡Pobre papá! *Sonriendo.*

ENRIQUE

En fin, nos marchamos.

DOÑA CARMEN

Se le olvidan los libros...

ENRIQUE

Es verdad. (*Toma unos libros de encima de la mesa*). Nancy, hasta mañana, que vuelva a visitarte. Y mi enhorabuena cordialísima.

NANCY

Adiós, Enrique, muchas gracias. *Se estrechan la mano.*

ENRIQUE

Adiós, don Carlos, doña Carmen...

PAULINA

Nancy, reciba usted mi felicitación.

NANCY

Gracias, gracias.

Paulina estrecha las manos de don Carlos y doña Carmen. Estos siguen a Enrique y a Paulina, que van haciendo mutis por la derecha.

JORGE

Disponiéndose a marchar también y sacando una pequeña caja. ¿Quiere aceptar un obsequio en recuerdo de esta noche triunfal?

NANCY

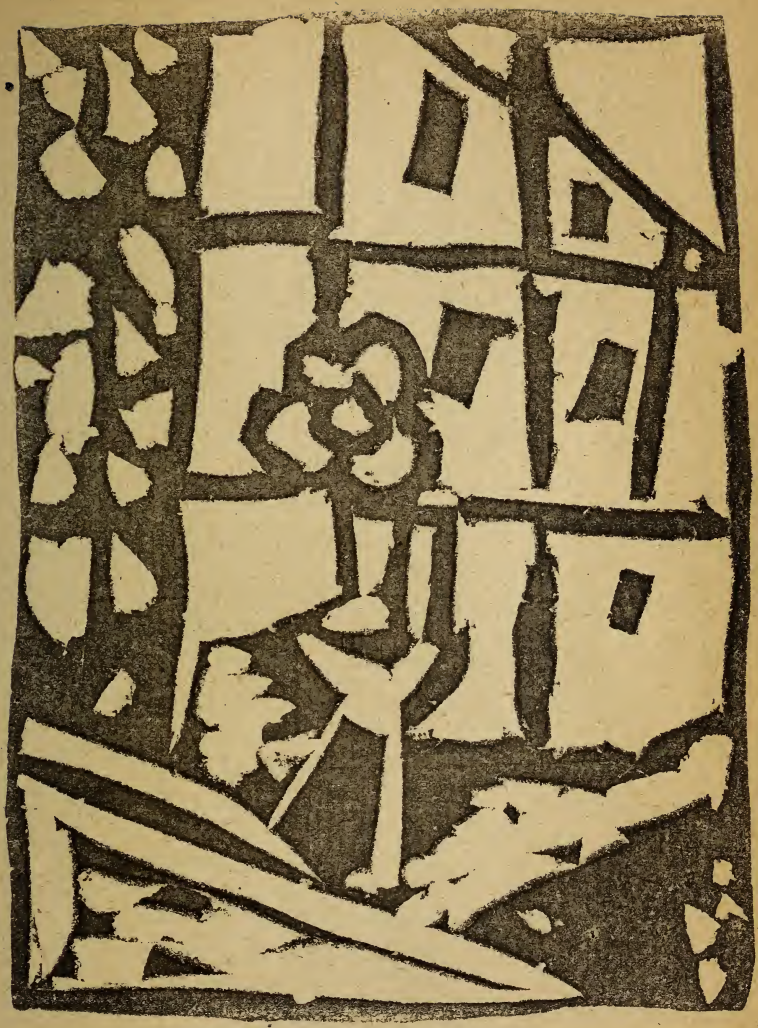
Tomando la caja con gran interés ¡Oh, qué lindo esmalte! (*La abre. Con extrañeza*). ¿Pero, qué es esto?

JORGE

Un rompecabezas.

Se inclina y hace mutis por la derecha. Nancy queda pensativa; después deja la caja con desdén sobre la mesita de laca y ante uno de sus lienzos permanece contemplándolo.

TELON



Grabado de Barradas

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del acto primero. Por la ventana abierta penetra el rumor del jardín, lleno de sol. Son las cuatro de la tarde. Al levantarse el telón, Nancy, de pié ante el caballete, pintando. En la tarima, delante del biombo, el modelo, vestido como los arlequines de Picasso. Enrique, tendido en el diván, fumando y leyendo un periódico. Pausa. Nancy se aparta varias veces del caballete y observa el lienzo.

ESCENA PRIMERA

NANCY, ENRIQUE, EL MODELO

NANCY

Volviendo a aproximarse al lienzo y dando unas pinceladas. Parece que la luz me huye esta tarde... *(Pausa).* La tengo delante de mí, en girándulas, en jubilosas acrobacias de colores, pero no la siento fluir a mis manos... *(Pausa. Observa el lienzo desde lejos. Volviendo a pintar).* Este lineamiento debe ser más persuasivo... ¿No te parece, Enrique?

ENRIQUE

Sin dejar de leer. Sí.

NANCY

Sin volver la cara. ¿Qué dices?

ENRIQUE

Lo mismo. Que sí, que tienes razón. *Pausa.*

NANCY

La impresión, la sugerencia del instante sorprendido... eso es lo que hay que pintar, sin traducirlo, con su propio lenguaje de vibraciones multánimes...

ENRIQUE

Justo.

NANCY

La impresión perfora el cerebro con una escala de luz, y esa luz debe refractarse en la obra de arte y crear la línea... *(Pausa).* ¡Imposible, imposible! No puedo trabajar. *(Al modelo).* Lo dejaremos hasta mañana. *(El Modelo se levanta y se dirige detrás del biombo para desnudarse. Nancy suelta los pinceles y se sienta junto a Enrique).* Es horrible; estos lagos de sombras donde naufragan las ideas, ¿de qué lacería de nuestra alma provendrán? Y lo extraño es que hoy tengo grandes deseos de trabajar; siento...

no puedo explicarlo... como una vehemencia febril... ¿No te ocurre a tí lo mismo en ocasiones?

ENRIQUE

Sí, algunas veces...

NANCY

Quisiera descubrir todos los secretos, todas las teorías, hasta las más pueriles.

ENRIQUE

Leyendo. Qué bruto, pero qué bruto es este cronista. ¡Hay que ver las estupideces que se le ocurren!

NANCY

¿Pero tú estás en las majaderías de ese periódico o en lo que yo te digo?

ENRIQUE

Si te estoy escuchando...

NANCY

Pues no quiero, ea, se acabó la lectura.

Coge el periódico, lo arruga y lo arroja dentro de la chimenea.

ENRIQUE

Sorprendido. ¿Qué te ocurre esta tarde?

NANCY

Levantándose. No sé... Me aburro...

ENRIQUE

Es raro. Después del éxito de anoche, de las alabanzas que te tributan los periódicos... debías estar colmada de satisfacción.

NANCY

Sí, así debía ser. Y para que veas tú, en lugar de halagarme, me fastidia esa multitud de críticos, de pintores, de personas desconocidas y lejanas que se ocupan de mí en estos días. Cada uno da su opinión o hace una exégesis de mis lienzos distinta por completo del sentido que yo quise imprimirles. Y otros llegan a elogiar como perfecciones lo que a mí me parecen defectos.

ENRIQUE

Exageras un poco.

NANCY

No lo creas. Aquellas sensaciones íntimas, reveladas en los momentos de exaltación, que yo veo vibrar en el color y en las líneas de mis cuadros, no han sido recogidas por nadie. Todos han pasado indiferentes ante ellas, sin advertirlas.

ENRIQUE

Tal ves. Pero eso debe importarte poco. Lo mas noble de nuestra obra va siempre oculto en nosotros mismos.

NANCY

Sí, pero es triste...

ENRIQUE

¿Sabes, Nancy, que me estás poniendo en ridículo? Yo que proclamé anoche la rotundidad de tu triunfo...

NANCY

Si puedes asegurarlo, y yo estoy a todos muy agradecida... Pero... ¡que sé yo! acaso la insaciable veracidad de elogios que sentimos los artistas me haga hablar así. *El modelo, despojado de sus ropas de arlequín, con un viejo traje raído, sale de detras del biombo y cruza la escena como una sombra.*

EL MODELO

Dirigiendose hacia la puerta derecha. Buenas tardes.

ENRIQUE

Buenas tardes.

NANCY

Hasta mañana. *Mutis modelo.*

ENRIQUE

Es un hombre raro, siempre silencioso... Parece vivir para los demás y como si no supiese que hacer con la existencia cuando se siente libre.

NANCY

Algo hay de eso. Si le observas en la tarima, encuentras en él, carácter, problemas espirituales, lo que quieras. Después, pasa por nuestro lado como un soplo de frío.

ENRÍQUE

Es el hombre que perdió su alma.

NANCY

Dí mejor que le robamos su alma. Pero, oye, quiero hablarte de una cosa, de una cosa pueril, de la que vas a reirte, y que, sin embargo, me tiene un poco preocupada.

ENRIQUE

A ver, a ver, que yo tengo la virtud de la curiosidad.

NANCY

¿A que nó adivinas lo que me regaló Jorge anoche en recuerdo de mi triunfo?

ENRIQUE

¿Anoche?

NANCY

Sí, en un momento en que se quedó solo conmigo, antes de salir,

ENRIQUE

Pues.., no sè que pudiera regalarte. Como no fuese una caja de colores...

NANCY

Un rompecabezas.

ENRIQUE

!Diablo!

NANCY

Vas a verlo. *(Se levanta, dirigiendose detrás del biombo, de donde vuelve con la cajita del rompecabezas. Entregándole la caja).* No puedo comprender con que idea me ha hecho este regalo.

ENRIQUE

Examinando la tapa. Es bellísimo este esmalte, una preciosidad.

NANCY

Pero abre la caja.

ENRIQUE

Abriéndola. ¡Caramba! Esto es un rompecabezas de los que usan los chicos.

NANCY

Justo. Y no quiero creer que Jorge haya pretendido burlarse de mí.

ENRIQUE

Es absurdo creerlo, porque esa burla sería algo indigno, impropio de Jorge. Además, yo le he oido elogiarte con calor, con entusiasmo loco, poniendote sobre los cuernos de la luna en las discusiones que hemos sostenido en la exposición con los que dudaban de tu talento.

NANCY

Encantada. ¿De verdad le has oido tú defenderme?

ENRIQUE

Más de una vez ha estado a punto de dar de bastonazos a los que te atacaban.

NANCY

¿Es posible?

ENRIQUE

Oye, Nancy, parece que esto te agrada oirlo.

NANCY

Mira, Enrique, no seas estúpido, siempre nos gusta saber que tenemos partidarios decididos en arte, solo en arte.

ENRIQUE

Con Intención. ¿Solo en arte?

NANCY

¡Imbécil!

ENRIQUE

Soltando la carcajada. Bien, no me enfado, me lo habrán llamado tantas veces mis lectores.

NANCY

Pero tus lectores no tienen razón.

ENRIQUE

Gracias, amada reina. *(Volviendo a contemplar la caja del rompecabezas y devolviendosela a Nency).* Pues no doy con el significado de esta caja, bella y misteriosa como si encerrase amuletos coptos. . Sin embargo, estoy seguro de que es un símbolo... Algo ingenuo, de lo que hay mucho en tus ideas... En fin, no sé.

NANCY

Yo quisiera estar segura... Es una cosa pueril, pero me preocupa...

ENRIQUE

Pregúntale a él mismo.

NANCY

Sería ridículo.

ENRIQUE

Tienes razón. Mira, lo mejor que haces es no volver a pensar en ello.

NANCY

Es que...

ENRIQUE

Es que a mí no se me ocurre nada, ni a tí tampoco, y, la verdad, no vamos ahora a quebrarnos los cascos por una cosa que no lo merece.

NANCY

¡Estás hoy insoportable!

ENRIQUE

Cierto. Hay días llenos de sombras. Lo mejor que hago es marcharme. *Toma su sombrero.*

NANCY

Mientras vá a dejar la caja del rompecabezas detrás del biombo. ¿No vendrás a tomar el té?

ENRIQUE

No. Tengo que trabajar. ¡Ah! ¿Enviaste los cuadros que pedía tu *marchand* de París?

NANCY

Hoy han quedado facturados.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS, DONCELLA, DESPUES JORGE

DONCELLA

Desde la puerta derecha. Don Jorge de Alenzano. *Mutis.*

JORGE

Entrando. Nancy, ¿que tal? ¿Más descansada?

NANCY

¡Oh, sí! Todo ha vuelto a la normalidad.

JORGE

Eso veo (*A Enrique*) ¿Que tal, Enrique?

ENRIQUE

Bien. *(Se estrechan las manos)* Me marchaba...

JORGE

¿Tiene usted que hacer?

ENRIQUE

Sí; ¿le extraña? *Nancy ríe.*

JORGE

Me extrañaría verle trabajar como todo el mundo, con prisa o andar ligero por la calle. Usted es un hombre constituido para laborar sobre un divan, sin mover un músculo, sin pestañear siquiera.

ENRIQUE

Es posible, pero hoy estoy en vulgar. Hasta la vista.

JORGE

Estrechandole la mano. Adios...

NANCY

Adios. *Mutis de Enrique por la derecha.*

ESCENA TERCERA

NANCY, JORGE

NANCY

El pobre Enrique se desconcertó un poco con la opinión de usted.

JORGE

Es bien sencilla. En un poeta el estatismo es actividad; en un materialista como yo, la quietud significa reposo, inacción.

NANCY

Pero yo no creo que usted sea un materialista.

JORGE

Teneis una extraña prevención contra el materialismo y haceis mal. ¿Qué sería de vosotros sin hombres que curtiesen su espíritu en la vida material? Los más complejos problemas subjetivos son efectos o causas de energías materiales. Y el esfuerzo de mis músculos ha salvado mi vida y mi alma de la enorme lucha con los hombres, mis hermanos.

NANCY

Ha debido de sufrir mucho...

JORGE

No lo crea usted, Nancy; mi trabajo ha sido gozoso, iluminado por la esperanza de triunfar, como usted, cuando pinta un lienzo, exactamente lo mismo.

NANCY

¿Es posible? ¿Cómo puede ser gozosa la lucha con cosas groseras, malolientes de prosaismo?

JORGE

En la sombra de esas simas horribles brilla mas blanca la luz que enciende nuestra voluntad, nuestra confianza de vencer.

NANCY

Es usted muy fuerte, Jorge.

JORGE

No lo crea; necesito remansos, lagunas de reposo... Entonces busco a mi espíritu y el me lleva al éxtasis, a la admiración, y la encuentro a usted...

NANCY

¿A mí?

JORGE

Encuentro sus ojos, su voz, suave como un agua mansa, sus manos claras y acogedoras...

NANCY

¿Y solo así me vé?

JORGE

Yo la veo en la serenidad de esta casa, junto a la ventana abierta, en una pennmbra morada, tamizada de sol, inclinándose sobre las flores divinas de sus bordados, y evoco la lucha y la

pasión que rugen fuera, en plena calle, y siento que soy un niño a su lado, un niño que ruega las caricias de sus manos claras...

NANCY

Riendo con fuerza. ¡Y luego dice que es un materialista! Usted, amigo mío, es un sentimental que se encuentra a punto de enamorarse. ¡Tendría gracia! *Ríe.*

JORGE

Se equivoca usted, Nancy.

NANCY

Pero si en mí no hay nada de eso que usted vé. Si me evocase ante el caballete, afanada como un pintor cualquiera, en un instante de inspiración, si quería favorecerme, tal vez acertara.

JORGE

Tambien, tambien, pero eso es cuestión aparte. En usted, como en casi todas las personas, hay desdoblamientos, facetas de su caracter que a primera vista parecen desunidas y contrapuestas... En otros momentos, la veo como usted dice, como un muchacho rebelde y bohemio, que fuma khedives y pinta cuadros geniales, mientras charla con sus camaradas.

NANCY

Pues así debe de verme siempre, porque ese es mi verdadero aspecto.

JORGE

¿Está usted muy segura?

NANCY

Naturalmente. Mi condición de mujer desaparece bajo mi arte.

JORGE

¿Está usted muy segura?

NANCY

¡Dale! Le digo que sí, que puedo afirmarlo. Además, querido amigo, me hace usted muy poco favor. Dice que solo me encuentra en sus ratos de debilidad, cuando se cansa de la lucha...

JORGE

Es que entonces representa usted la fuerza,

NANCY

Bien, pero si usted, en ocasiones, no sintiera la necesidad del reposo, no nos habríamos encontrado nunca.

JORGE

¡Oh, Nancy. quien sabe el alba que nos descubrirá el camino cuando comenzamos la ruta!

NANCY

Usted, Jorge, divaga y divaga sin concretar sus opiniones, y

yo necesito concreción para enterarme. Vamos a ver, qué prefiere usted en mí, ¿mis cuadros o mi personalidad de mujer?

JORGE

Todo es lo mismo.

NANCY

Entienda bien lo que quiero decirle, Mi personalidad de mujer que puede llegar a casarse, a tener hijos, a ser la compañera de hogar...

JORGE

Si, si, vuelvo a repetirle que es lo mismo.

NANCY

¿Pero usted cree que yo llegaría algun día a ser todo eso?

JORGE

¿Porqué no?

NANCY

¡Que horror! Por fortuna está equivocado, no es posible que vayan hermanadas tan opuestas tendencias.

JORGE

Mire, Nancy, ante todo se es lo que la Naturaleza ha querido que seamos. A usted la hizo mujer y usted se ha hecho pintora. Pero esto no quiere decir más que es usted una mujer excelsa entre todas las mujeres, con todas las cualidades de las demás, ennoblecidas y realzadas por su inteligencia.

NANCY

No, no y no. Pone usted esto último en un grado muy secundario. El artista es superior a su condición humana; yo puedo representar un valor, más puro mientras más me olvide de que soy una mujer como las otras mujeres. Me basta con interpretar la vida que desfila ante mí, con vivirla en espiritu, intensamente, sin tomar en ella parte material...

JORGE

Hacer la obra es más bello que interpretarla. La vida desfila ante vuestros ojos como un cortejo sugerente de dolores y de alegrías y vuestra alma se estremece haciendo que vuestra carne vibre al mismo tiempo.

NANCY

¡Oh, no, no...!

JORGE

La vida nos dá la alegría de amar todas las cosas, las grandes, las humildes, las imposibles; nos dá el deseo insaciable de luchar, de vencer, de manifestarnos en todos nuestros complica-

dos desdoblamientos. ¡Y usted quiere mostrarse de un solo lado...! No, Nancy, no crea que hay nada enteramente rechazable: todo es bello si el corazón arde en medio de nuestra existencia como una lámpara maravillosa.

NANCY

¡Oh, Jorge...!

JORGE

Vuestras manos claras, que se cobijan en las mías y vuestros ojos que siguen la ruta de una sombra lejana, que va diciendo palabras suaves, sin eco y sin acento, que rien dentro del alma, parecen traicionarla a usted, parecen que...

NANCY

Retirando las manos de entre las de Jorge. No quiero, no quiero escucharle así... Parece que me humilla...

JORGE

¡Nancy!

NANCY

Riendo con fuerza. ¡Oh, mi pobre amigo, enamorado, enamorado como un hombre cualquiera!

JORGE

Se engaña usted; yo no estoy enamorado, es que pongo un poco de amor propio en convencerla.

NANCY

Vaya, se muestra usted muy galante.

JORGE

Pero si usted es solo una muchacha que pinta cuadros...

NANCY

Malos. Dígalo, hombre, que no me disgusto. Está usted furioso, lo estoy comprendiendo. *Ríe.*

JORGE

Me causa un poco de miedo observar la facilidad con que lanza sus afirmaciones. Dice que estoy furioso, ¿en qué se funda? Yo he llegado a comprender que ante el estupendo drama del mundo hay que reir, con fuerza, a carcajadas enormes, si queremos no ser vencidos. Aunque yo estuviera enamorado de usted y usted me desdeñase, yo sabría coger mi corazón, ponerlo delante de los ojos y burlarme de él.

NANCY

Pues nadie lo diría, parece usted tan serio, tan formal...

JORGE

¿Porque no tomo parte en vuestra alegría bohemia, un poco loca, un poco pueril?

NANCY

¿Se cree usted mejor que nosotros?

JORGE

Quizás. Vosotros os llamais artistas modernos, pero llegarán otros despues de ustedes que no harán música, ni cuadros, ni versos, sino que vivirán la armonía, el color y el ritmo y serán ellos las supremas obras de arte.

NANCY

Y usted se cree un precursor...

JORGE

Acaso.

NANCY

¡Que presuntuoso!

JORGE

Espero que llegará un día en que no se lo parezca.

NANCY

Nunca llegará usted a convencerme.

JORGE

¡Quién sabe!

NANCY

¿Pero qué extraña opinión tiene de mí?

JORGE

Que es usted una mujer como otra cualquiera, constituida para ser vencida y para sertirse feliz en su derrota.

NANCY

Exaltada. Me exaspera usted. Le digo que ese sentimiento que constituye toda la degradación femenina, no lo he sentido nunca, nunca.

JORGE

¿La degradación femenina? Eso es un absurdo. La mujer se degrada lo mismo que el hombre por incomprensión de sus verdaderas aptitudes, pero por su condición débil, no. Este sentimiento es el natural, el que la hace acoplable con el hombre... En la Naturaleza todo son energías contrarias y ya le he dicho que no podemos ir contra ella.

NANCY

Yo no entiendo la filosofía de usted ni me importa.

JORGE

Yo iré haciendo que la comprenda.

NANCY

Me tiene sin cuidado.

ESCENA CUARTA

DICHOS, DON CARLOS, DOÑA CARMEN.

DON CARLOS

Entrando por la derecha. ¿Pero qué es esto? ¿Están ustedes riñendo? *Nancy dá paseos por el estudio con mal humor.*

JORGE

No, una discusión sin importancia.

DOÑA CARMEN

Esta hija mía se acalora muy pronto.

JORGE

En este caso, señora, he sido yo quién más se exaltó. Sobre mí toda la culpa ¿verdad, Nancy?

NANCY

Sí, es posible.

DON CARLOS

¿Pero habrán ustedes quedado amigos? ¿No es eso, Nancy?

NANCY

Sí, sí...

JORGE

Nancy es mi amiga, mi verdadera amiga, casi pudiera decirse mi aliada. *(A Nancy)* ¿Es cierto?

NANCY

No sé. (*Cogiendo las flores de los búcaros*) ¡Oh, mis rosas! Se han vuelto muy pálidas. Voy al jardín por otras nuevas. *Se dirige hacia la puerta izquierda.*

JORGE

A Doña Carmen. Ha quedado hecha la recomendación de usted.

DOÑA CARMEN

Os lo agradezco mucho. Es un pobre hombre, con mucha familia.

NANCY

Desde la puerta. ¿Me acompaña usted, Jorge?

JORGE

Con mucho gusto. *Mutis de Nancy y Jorge por la izquierda.*

ESCENA QUINTA

D.ª CARMEN, DON CARLOS, DESPUÉS DONCELLA.

DOÑA CARMEN

Jorge es un buen amigo.

DON CARLOS

Es un hombre que ha luchado mucho, que sabe trabajar.

DOÑA CARMEN

Yo creo que sería feliz la mujer que se casase con él.

DON CARLOS

No lo dudo. Tiene buenas condiciones y mucho capital. *La voz de Jorge entra por la ventana abierta.*

LA VOZ DE JORGE

¡Todo el jardin es un bello idioma de colores!

LA VOZ DE NANCY

¡Oh, que lindo! ¡Padres, venid! El jardin se muestra como una maravilla.

DON CARLOS

Ya empieza esta con sus lirismos (*Desde la ventana*) Vamos, vamos enseguida (*A su mujer*) ¿Vienes Carmen?

DOÑA CARMEN

Iremos. ¡Oh que loca muchacha! *Sale don Carlos por la izquierda. Cuando va a salir doña Carmen entra la doncella por la derecha.*

DONCELLA

La señorita Paulina pregunta por la señorita Nancy.

DOÑA CARMEN

Que entre. *Mutis doncella.*

ESCENA SEXTA

DOÑA CARMEN, PAULINA

PAULINA

Entrando por la derecha. Doña Carmen, ¿qué tal desde anoche? *Se besan.*

DOÑA CARMEN

Muy bien. Siéntese, Paulina. Voy a avisarle a Nancy.

PAULINA

¿Está ocupada, quizas?

DOÑA CARMEN

No, se encuentra en el jardin con su padre y con Jorge.

PAULINA

¡Oh, pues no la moleste! Me marcho en seguida.

DOÑA CARMEN

Pero siéntese, Nancy se alegrará de verla. Jorge es de confianza. Voy a decirle que está usted aquí. *Mutis de doña Carmen por la izquierda. Pausa brevísima.*

ESCENA SEPTIMA

PAULINA, NANCY

NANCY

Entrando por la izquierda. ¡Ah, ingrata! Me dijo mamá que iba usted a marcharse sin verme. *Se besan.*

PAULINA

No quería interrumpirla. Venía nada más que a saludarla, a preguntarle si habia descansado de las emociones de ayer. Hoy todos los periódicos se ocupan de su triunfo.

NANCY

Sí, estoy satisfecha... y agradecida.

PAULINA

Tenía tambien intención de recoger a Enrique para que me acompañase a unas compras.

NANCY

Su marido se marchó hoy muy temprano.

PAULINA

Lo siento. Resulta delicioso llevarle de compras. Enrique siempre se niega, odia de un modo feroz las tiendas de comercio, pero a mi me agrada ir acompañada por él; tiene mucho gusto para escoger las cosas.

NANCY

Me dijo que tenía que trabajar mucho.

PAULINA

¡El pobre! Siempre está trabajando. A mí me parece que trabaja con exceso, que puede llegar a enfermar...

NANCY

¿Le quiere usted mucho, Paulina?

PAULINA

Sí, le quiero. Yo siempre he deseado sentir un cariño grande completo, lleno de admiración.

NANCY

¿No lo había usted sentido nunca hasta que conoció a Enrique?

PAULINA

Hasta entonces. Me crié sin padres, con unos tios que me trataban con bastante indiferencia.

NANCY

¿Pero no le bastaba saberse digna de ser querida por buena y por hermosa antes de sentir esa necesidad de amar a nadie, de caer en esa dependencia, en esa grata esclavitud que representa siempre el amor?

PAULINA

No, querida amiga; yo notaba dentro de mí una ternura desbordada y contemplándome ante el espejo sentía la necesidad de ofrendarme, de pertenecer a alguien.

NANCY

Pero usted quería producir la admiración ajena por amor propio. Luego su primer cariño ha sido usted misma.

PAULINA

No, no; yo pensaba así por que deseaba que no se perdiese lo único que poseía, mis únicas dotes... Como usted cuando pinta un cuadro aspira a que sea poseido por el público.

NANCY

Eso es distinto. Puedo entregar mi obra a la voracidad ajena sin que yo deje por eso de pertenecerme a mí misma.

PAULINA

Pero si su obra—que es su alma—es la casta esposa de todos los públicos, ¿por qué no hacer la ofrenda completa?

NANCY

¿Pero usted cree que se puede vivir con la misma intensidad en carne y en espíritu?

PAULINA

¡Oh, no sé. amiga mía! Eso dependerá de la energía física y cerebral de cada una. Usted tiene mucho talento y es muy hermosa. Usted sí puede conseguirlo.

NANCY

No, no, sería indigno.

PAULINA

¿Pero usted no ha sorprendido nunca esos secretos que revelan en el silencio las alcobas vírgenes?

NANCY

Sí, pero cuando eso ocurre, me aplico mis severas disciplinas morales.

PAULINA

¿Y está usted segura de cumplir así con la gran razón del mundo? Yo, pongo toda mi pobre inteligencia en la obra humilde de mis manos. Con ellas produzco la paz, la sombra y la fragancia de la casa donde Enrique trabaja, el hueco mullido de la almohada donde se apoyan sus sienes, los manteles blancos de la cena, el vaso limpio de cristal donde bebe su agua en las horas de sed... Y me siento recompensada cuando él a su vez procura mi reposo y descanso sobre su pecho, llena de confianza.

NANCY

Sí, todo eso es muy bello. Sin embargo...

PAULINA

No juzgue por mí, Nancy. Yo soy una mujer inferior que ha tenido hoy el atrevimiento de querer discutir con usted.

NANCY

¡Oh, Paulina, no diga eso! Acaso posea usted un valor humano muy superior al mío.

PAULINA

No sé. Yo le he expuesto mis sentimientos, sencillamente. Y ahora, amiga mía, la dejo...

NANCY

¡Oh, tan pronto!

PAULINA

Sí, Enrique me estará esperando... *Se besan.*

NANCY

Confío en que no tardaré en verla. Tenemos que seguir hablando; resulta el tema muy interesante.

PAULINA

Le advierto que yo en ese asunto estoy poco fuerte. Si fuese de modas... *Ríe.*

NANCY

Hoy ha demostrado lo contrario.

PAULINA

La influencia de usted, amiga mía. Adios, adios.

NANCY

Adios. Hasta la vista. *Mutis de Paulina por la derecha.*

ESCENA OCTAVA

NANCY, DONCELLA, LUEGO JORGE, DON CARLOS, DOÑA CARMEN.

Nancy toca un timbre.

DONCELLA

Entrando por la derecha. ¿Ha llamado la señorita?

NANCY

Sí, el té. Y dígale a los señores, que están en el jardín, que les aguardo. *Mutis doncella por la izquierda. Pausa brevísima.*

DON CARLOS

Entrando por la izquierda hablando con Jorge. Pensé haber hecho entonces una buena combinación con navieras, pero tuve miedo.. Cuanto me pesó después. Pude haber ganado mucho, mucho. *Entra la doncella por la derecha con el servicio del té, lo deja sobre la mesa de laca y mutis por el mismo lateral.*

JORGE

En eso como en todo hay que ser audaz. Ya lo sabe usted. De los audaces es la fortuna. Esta vieja máxima no ha perdido todavía su actualidad. *Todos se sientan. Nancy, de pié junto a la mesa, comienza a servir el té.*

DOÑA CARMEN

Vosotros, los hombres, debeis experimentar el mismo placer hablando de negocios que nosotras de telas.

JORGE

Seguramente, señora mía.

TELON

Grabado de Barradas

ACTO TERCERO

La misma decoración. El estudio tiene una clara dulzura matinal. Al levantarse el telon entra don Carlos, en pijama y chinelas, buscando unos documentos que habrá sobre la mesita de laca. Los recoge y se dirige hacia la puerta del lateral derecha.

ESCENA PRIMERA

DON CARLOS, DONCELLA, DESPUES JORGE.

DONCELLA

Entrando por la derecha. Don Jorge pregunta por el señor.

DON CARLOS

Que pase. *Mutis doncella.*

JORGE

Entrando por la derecha. Buenos días, dón Carlos.

DON CARLOS

Estrechándole la mano. Buenos días, Jorge. ¿Cómo tan madrugador?

JORGE

Yo tengo la sana costumbre de levantarme temprano todos los días. Pasaba por aquí y quise entrar a saludarles. *Se sientan.*

DON CARLOS

Os lo agradezco mucho. Nancy ha madrugado hoy también y salió en auto a dar un paseo.

JORGE

Bien hecho. Estas excursiones matinales, de las que se vuelve con una fragancia campesina, sirven como de abluciones para las ideas.

DON CARLOS

Y además, son muy higiénicas. A mi hija le hace falta un poco de expansión. Está siempre aquí metida, en el estudio, sin dejar de pintar.

JORGE

¿No vé usted con gusto su afición por la pintura?

DON CARLOS

Le diré a usted. Al principio, cuando sólo era en ella como un recreo, como una cosa de lujo aprendida en el Pensionado, podía tolerarse. Pero, sobre todo desde su estancia en París, lo ha tomado tan en serio, que se ha convertido en una verdadera profe-

sional. Está llena de rarezas, de excentricidades, algunas veces habla de caprichos absurdos. Ya usted la oyó la otra noche, cuando quería pintar desde un aeroplano.

JORGE

Me parece que esto no debe desagradarle. Esas manifestaciones de Nancy revelan un temperamento admirablemente constituido y una sensibilidad extremada. Son los frutos de su juventud que hay que saber recoger.

DON CARLOS

Bien. Usted lo ve por ese lado y le agradezco la buena opinión que tiene de ella. Pero esa misma complejidad de su caracter es lo que me alarma un tanto. Si hubiera sido varon le hubiese dejado elegir; siendo mujer, creo que con sus bordados y un poco de piano debía de bastarle.

JORGE

¡Oh, no lo crea! El gran acierto de usted, como padre, ha sido olvidarse algo de su educación, dejarla escoger. Nancy, reducida al estrecho círculo de conocimientos de una señorita vulgar, acaso hubiese sido infortunada teniendo que aceptar el destino que quisieran imponerle. Hoy es dueña de sí misma y puede obrar por su cuenta, segura de no equivocarse.

DON CARLOS

Noto que usted también se vá un poco por las ramas. Todo eso estará muy bien ideológicamente, pero en la realidad, en la práctica de las cosas cotidianas, que es la ciencia,—inferior si usted quiere—, que resuelve el gran problema de tener que vivir con los demás, no me convence usted. Nancy, a pesar de su cultura, de su superioridad intelectual, es una ingenua, una criatura sencilla, ignorante de ciertos peligros...

JORGE

No importa. Su costumbre de interpretar la vida a través del arte puede crear en ella una intuición que le descubra esos peligros de que usted habla.

DON CARLOS

Es posible, es posible, aunque no me atrevería a afirmarlo de una manera tan rotunda. Yo creo que ese conocimiento de las cosas vulgares solo se adquiere viviendo en contacto con ellas. Y Nancy se ha formado un pequeño mundo del que ella es el único habitante.

JORGE

Nada de eso, don Carlos. Su hija habita en esta pobre tierra, donde nos hallamos todos. Convive con usted, conmigo, con los demás seres, que son como ella, como usted, como yo mismo, porque en la vida todos nos parecemos unos a otros. Acostum-

bramos a presentarnos de un solo frente, como muñecos de bazar, y se necesita que surja alguien que, al escoger uno de estos muñecos, le descubra sus ocultos registros, sus mil siluetas simultáneas. Nancy es dueña de las cualidades que le he nombrado, acaso ella misma desconozca algunas y precisa la persona que haya de revelárselas. Entiendo que puedo cumplir esa misión y tengo el honor de pedirle su mano.

DON CARLOS

¿La mano de quién?

JORGE

¿De quién va a ser? De su hija...

DON CARLOS

¡Hombre! Pero... Verá usted... *(Sacando la pitillera).* ¿Un cigarro?

JORGE

Tomando el cigarro y encendiendolo. ¿Qué me contesta?

DON CARLOS

No sé qué decirle. No podía figurarme que usted pretendiese a Nancy...

JORGE

Le advierto que nunca le he dicho que la quiero.

DON CARLOS

Entonces lo entiendo menos.

JORGE

Es bien sencillo. Nancy es la única mujer a quién yo puedo amar. Lo comprendí desde nuestro primer encuentro y no descansaré hasta conseguirla. Ella es la recompensa de mi esfuerzo, es como un estandarte que quiero alzar despues del triunfo.

DON CARLOS

Me parece, querido Jorge, y no se ofenda, que es un poco egoista esa aspiración.

JORGE

Acaso. Pero mi egoismo vá hacia la felicidad.

DON CARLOS

¿Y está usted seguro de que ella acepte?

JORGE

En tono confiado. Lo veremos, lo veremos.

ESCENA SEGUNDA

DICHOS, ENRIQUE.

Este último entra precipitadamente, sin anunciarse, por la puerta lateral derecha.

ENRIQUE

Buenos días. ¿Que tal, don Carlos?

DON CARLOS

Bien, y a usted, ¿cómo le vá?

ENRIQUE

Estupendamente. *(A Jorge, estrechándole la mano).* Celebro mucho encontrarle aquí. Tal vez no hubiese tenido tiempo de despedirme de usted.

JORGE

Sorprendido. ¿Pero es que piensa abandonar Madrid?

DON CARLOS

¿Se marcha usted?

ENRIQUE

Si, me marcho; esta noche misma tomaré el tren. Pero, ¿y Nancy? No quiero anticipar noticias hasta que no se encuentre ella presente.

DON CARLOS

Nancy tardará poco. Ha salido esta mañana a dar un paseo.

JORGE

Nos tiene usted ya impacientes. Diga al menos el nombre de la ciudad a donde se dirige.

ENRIQUE

¡El nombre! Es un nombre que nos habla del estruendo de las locomotoras, del vibrar metálico de los puentes elevados, del constante ondular de banderas negras de sus chimeneas colosales. Es una ciudad vórtice donde naufragaron todas las estrellas devoradas por sus rascacielos.

JORGE

No diga más. Vá usted a Nueva York.

ENRIQUE

Con ironía. ¡Diablo! Tiene usted un don profético sorprendente.

JORGE

Es que usted describe las cosas con unos colores tan vivos...

DON CARLOS

Y de una manera tan exaltada...

ENRIQUE

Inclinándose y con ironía. Me es grato que reconozcan ustedes mi genio. ¡Ah, pero ya está aquí Nancy...

ESCENA TERCERA

DICHOS, NANCY, MARYNES.

Entran por la lateral derecha. Marynès y don Carlos se saludan.

NANCY

¡Enrique! No esperaba encontrarte... Tres días hace que no nos vemos. *(Dirigiéndose hacia Jorge).* ¡Oh, Jorge! ¿Qué tal?

JORGE

Bien, aguardándola con impaciencia. Enrique tiene grandes noticias que no ha querido revelarnos hasta la llegada de usted.

NANCY

A Enrique. ¿Que te ocurre? ¿Cómo no has venido antes?

ENRIQUE

He tenido mucho que hacer... Pero voy a resarcirte con una buena nueva.

NANCY

¡Ah, muy bien! Primero voy a presentarles a mi amiga Marynés. Nos hemos encontrado en la Moncloa. (*A Enrique y a Jorge.*) La señora de Elozegui. (*A Marynés*). Mi camarada Enrique de Medina.

ENRÍQUE

Inclinándose. Señora...

NANCY

A Marynés. Mi buen amigo Jorge de Alenzano.

JORGE

Yo ya tenía el honor de conocerla. *Marynés y Jorge se estrechan la mano.*

MARYNÉS

Sí, nosotros somos antiguos amigos.

NANCY

Sentándose en el centro de la escena y dirigiéndose a Enrique. Ea, empieza a contar.

ENRIQUE

No creas que se trata de algo extraordinario como un cuento indio. Es, sencillamente, que me marcho esta noche a Nueva York.

DON CARLOS

Eso es lo único que ha querido anticiparnos.

NANCY

¿Pero qué objeto tiene ese viaje?

ENRIQUE

Dar unas conferencias. He sido invitado por un millonario yanqui que se encuentra en Madrid, a quien he conocido casualmente. Pertenece a no se qué sociedad cultural y me augura un gran éxito, traducido en ríos de dólares.

NANCY

Y a tí, que te vas metalizando de un modo horrible, te parecerá magnífico ese viaje.

ENRIQUE

Eres un poco injusta, Nancy. No es solo el dinero el que me lleva a América.

DON CARLOS

Pero esta hija mía cree que el dinero no sirve para nada.

MARYNÉS

No me parece que sea tan despreciable.

JORGE

En una sociedad como la nuestra, el dinero tiene la virtud de acreditar las tarjetas de visita.

ENRIQUE

Yo tengo la costumbre de no usarlas. Me hallo al margen de todo lo práctico, de todo lo formulista. He odiado siempre tener que dar los buenos días al penetrar en una casa porque, ¿hay nada más absurdo? Puede estar lloviendo, hacer un calor asfixiante, dolernos las muelas, y, sin embargo, repetimos eternamente, sin pensar en lo que decimos: «buenos días». El dinero me parece otra idiotez. Tomamos las monedas que pasaron por las manos de los enfermos y de los criminales sin temer el contagio, entregamos la labor de nuestro cerebro o de nuestros músculos para recibir en cambio unos cuantos discos de plata como chorotegas deslumbrados. Sin embargo...

DON CARLOS, MARYNÉS.

A un tiempo. ¡Ah, sin embargo..!

ENRIQUE

Si, amigos, sin embargo hay que hacer concesiones. No se puede huir de la red de egoismo que nos envuelve y tenemos que transigir con nuestros sentidos. El alma sostiene una lucha constante con la carne que le reclama la mitad de la vida. Esto, quizas sea un poco depresivo para un idealista, pero es preciso reconocerlo.

NANCY

¿Entonces, tú no crees que haya habido místicos?

ENRIQUE

No he oido hablar de ninguno que no haya sufrido tentaciones.

NANCY

Pero supieron triunfar de ellas.

ENRIQUE

Un triunfo estéril, tal vez llevado a cabo por vanidad. Comer frutos secos, flagelarse y pensar en la muerte todos los días es un gran error. Prefiero a Anacreonte, coronado de rosas, recitando versos en los banquetes.

NANCY

¿Pero es que la vida es solo una llama de sensualidad?

ENRIQUE

Lo absoluto no existe. Has de convencerte observandote a tí misma. Cuando crea una obra nuestro espíritu, de la que estamos sstisfechos, nacen en nosotros sentimientos puramente sensuales, exaltaciones de la vanidad, del egoismo, de los deseos de suntuosidad, que no son, precisamente en el sentido místico, todo lo elevado que tu pretendes sostener.

JORGE

Enrique va dándome la razón, Nancy.

NANCY

Si, todos estais confabulados contra mí, y ya...

JORGE

Con interés. Y ya, ¿qué?

NANCY

Ya van faltándome argumentos. Pero oye, Enrique, serán muy interesantes los temas de tus conferencias.

ENRIQUE

Aún no tengo pensado nada. Lo dejo para cuando me encuentre en América. Quiero darles la gracia mecánica y concisa de los films junto con lo que tiene de espacial y de acrobático nuestra nueva lírica.

NANCY

Es mucho lo que intentas.

ENRIQUE

Quiero llevar el viejo árbol modernamente prendido.

JORGE

Está usted próximo a la sima del éxito.

ENRIQUE

Por mi parte me encuentro lleno de optimismo.

NANCY

No sé porqué me causa un poco de tristeza ese viaje.

DON CARLOS

No hay motivo. Enrique regresará pronto.

ENRIQUE

Pienso permanecer allí seis meses a lo sumo.

NANCY

¿Seremos los mismos cuando volvamos a encontrarnos?

ENRIQUE

Si no nos reconocemos hagamos un culto de los días pasados.

JORGE

Sin dejar de contemplar el horizonte nuevo.

ENRIQUE

Sin duda. *(Consulta el reloj).* Pero tengo que despedirme de ustedes. Aún me quedan muchas cosas que arreglar. ¡Nancy, besémonos en la frente!

NANCY

Hasta tú regreso, amigo mío. *Se besan en la frente.*

ENRIQUE

Jorge, don Carlos, un abrazo...

JORGE

Que se colmen sus aspiraciones.

DON CARLOS

Hasta pronto. *Se abrazan.*

ENRIQUE

A Marynés. Señora, he tenido mucho gusto...

MARYNÉS

Yo también. Muchas felicidades en su viaje.

ENRIQUE

Gracias. Adiós, adiós a todos, adiós Nancy.

NANCY

Adiós, Enrique...

DON CARLOS

A Enrique, acompañándolo. Que no deje de escribirnos. Ya nos enteraremos por la prensa de sus éxitos... *Mutis de los dos por la lateral derecha.*

ESCENA CUARTA

NANCY, MARYNÉS, JORGE.

MARYNÉS

Es simpático ese joven. Yo creo haber leido algo suyo.

NANCY

Te habrá gustado seguramente. Tienen una extraña sinceridad todos sus escritos.

MARYNÉS

No sé. El cuidado constante de mis pequeños no me deja tiem-

po para fijarme mucho en lecturas.

NANCY

¡Ah, perdona! Voy a buscar el jersey de tu chico.

MARYNÉS

Me prometiste que lo tendrías terminado en estos días.

NANCY

Casi concluido está. Vás a verlo. *Se dirige hacia una mesita del fondo, cargada de revistas, donde busca el jersey.*

JORGE

A Marynés. ¿Cómo sigue Alfonso? Hace tiempo que no le veo por el Casino.

MARYNES

Apenas sale de casa. Anda siempre tan atareado con sus negocios...

NANCY

Yendo hacia Marynés y mostrándole el jersey. Mira que lindo; ¿te agrada el color escogido?

MARYNÉS

Es precioso. Emilín va a estar con él monísimo. ¡Si vieses lo travieso que es! Se pasa el día haciendo rabiar a la nurse.

JORGE

A mí me encantan los niños, sobre todo los que cometen travesuras. Los impulsa el instinto aún no domado por los frenos sociales

MARYNÉS

¡Pero causan tan serias preocupaciones!

JORGE

Sin embargo, saben resarcirlas con momentos de verdadera felicidad.

MARYNÉS

¡Oh, sin duda alguna!

JORGE

Ellos constituyen el principio inmaculado de la existencia, tienen la gracia blanca de todas las cosas puras y son las únicas sonrisas ingenuas de la Humanidad. Yo los contemplo en los cuadros de sol de los paseos, cuando sus rizos locos se alborotan con el viento, y observo sus miradas claras, que aún no traspasaron ningún misterio, y nace en mí un agradecimiento infinito hacia las madres que se santificaron por su obra maravillosa.

MARYNÉS

¡Cómo habla de los niños! Y todavía no se ha casado...

JORGE

No importa. Yo creo que si una mujer me diese un hijo algún día, después de colmarle de todos los dones necesarios para poder circular por el mundo con el menor riesgo posible, miraría la muerte de un modo más confiado. Llegaría a sentir que yo no desaparecía por completo de la existencia, que quedaba como una prolongación de mi personalidad en mi hijo, en el nuevo ser que reiteraría mi nombre.

NANCY

Según eso, los hijos vienen a ser un recurso de última hora para continuar aferrándose a la vida después de muerto.

JORGE

Riendo. Es usted una temible adversaria. De pequeñas cosas saca divinas sutilezas.

MARYNÉS

Es extraño que hable así Nancy.

JORGE

Lo que acabo de decir acaso sea el único punto egoista de la cuestión. Después llegan los sacrificios, el dolor silencioso, la abnegación por los pequeños seres, todo a cambio de sus risas, que cantan en la casa como las aves en las ventanas abiertas...

MARYNÉS

Es verdad. Exigen todos nuestros cuidados. Nancy llegará a comprenderlo con el tiempo.

NANCY

No sé por qué. Hay tantas mujeres que no se casan...

MARYNÉS

Pero tú no debes contarte entre ellas. Quién sabe si el día menos pensado nos darás una sorpresa. ¡Eres tan reservada!

NANCY

Molesta. Bien. Quizas tengas razón.

MARYNÉS

Oye, variando el tema, ¿cuando tendrás el jersey terminado?

NANCY

Mañana mismo te lo enviaré con la doncella.

MARYNÉS

Entonces me marcho. Se me ha hecho muy tarde.

NANCY

Espera un poco...

MARYNÉS

No puedo. Deben de estar esperándome. Adiós... *(Se besan.*

Al ver que Nancy se dispone a seguirla). Pero no te molestes...

NANCY

Sí, sí, quiero acompañarte. Jorge es de confianza. *Jorge se inclina.*

MARYNÉS

Adiós, Jorge. He tenido mucho gusto en oirle. Es usted muy elocuente.

JORGE

Riendo. Gracias, señora. Recuerdos a Alfonso.

MARYNÉS

Gracias. *(A Nancy mientras hace el mutis).* Que no dejes de enviarme el jersey. Tengo muchos deseos de que lo estrene... *Las dos hacen mutis por la lateral derecha.*

ESCENA ÚLTIMA

JORGE, DESPUES NANCY.

Jorge da unos paseos a lo largo de la escena, en actitud pensativa. Enciende un cigarro que arroja al poco tiempo. Enseguida entra Nancy, lentamente, sonriendo de un modo ambiguo, sin dejar de observar con disimulo a Jorge. Se sienta junto a la mesita de laca y permanece en silencio, sonriendo siempre, con una luminosa felinidad en los ojos abismales. Pausa.

JORGE

¿Le agradó el paseo de esta mañana?

NANCY

¡Oh, ha sido delicioso! Llegué hasta la Moncloa, donde encontré a Marynés, como le dije. Después, al regreso, bebimos leche helada... Resultan muy gratos estos paseos.

JORGE

Parece que nos inyectan de optimismo. *(Pausa breve).* ¿No le causa a usted sorpresa la marcha de Enrique?

NANCY

Si, no me habia dicho nada de ese viaje.

JORGE

Según parece, ha surgido de un modo imprevisto.

NANCY

Lo celebro por él. Es un buen chico que merece tener suerte. *Pausa breve.*

JORGE

Antes dijo usted que le entristecía su marcha...

NANCY

Si, un poco.

JORGE

Entonces se contradice usted.

NANCY

Nunca he sido muy amiga de la lógica.

JORGE

Yo sé la verdadera causa de su tristeza.

NANCY

No lo dudo. Usted es un hombre que lo sabe todo.

JORGE

Riendo. No lo crea. Con saber aquello que me interesa me conformo.

NANCY

Bueno, pues si tiene la bondad de revelarme el motivo...

JORGE

Con mucho gusto. Siente usted la partida de Enrique porque desde hoy se encontrará más indefensa, más fuera de ambiente, más sola para seguir sosteniendo sus doctrinas místicas...

NANCY

¿Pero no le ha escuchado discutir conmigo hace un momento?

JORGE

No importa. El es un hierofante del mismo rito.

NANCY

Y usted quiere aprovechar esta ocasión, que se le muestra propicia con su ausencia... No me parece muy heroico el procedimiento.

JORGE

No lo necesito. Aunque Enrique permaneciera aquí se hubiera llevado a efecto la conversión de usted.

NANCY

Pero usted me toma por una muñeca, por una cosa vulgar que puede manejarse a capricho... Yo tengo fijadas mis normas, impuestas por mi voluntad, sin necesitar iniciaciones de nadie, y no creo que usted, por la sola virtud de su petulancia, vaya a hacerme cambiar de criterio. Pierde su tiempo, amigo mío.

JORGE

Se engaña a sí misma Su evolución se va verificando, lentamente... Usted no quiere reconocerlo y oculta sus nuevos sentimientos. Nunca la ví trabajar en ese jersey que se elabora en la sombra, y sin embargo ya se encuentra casi terminado...

NANCY

Riendo. Eso no tiene importancia. Ratos perdidos, momentos de aburrimiento que hay que aprovechar.

JORGE

No, Nancy, no se disculpe. Es lo irremediable, que es usted mujer... Aquella misma noche de su triunfo en el salón de arte, en medio del entusiasmo de sus amigos, cogió usted un instante el bastidor, donde habia unos blancos bordados. ¿Recuerda el obsequio que le hice al retirarme?

NANCY

Si, un rompecabezas.

JORGE

¿Y qué creyó usted entonces?

NANCY

No sé... Que se burlaba de mí.

JORGE

¡Oh, cómo ha podido pensar eso! Aquella cajita la simbolizaba a usted...

NANCY

Entiendo. Yo soy una chica extravagante, que pinta cosas raras, que nadie comprende.

JORGE

No, no. Era un símbolo de usted, pero al mismo tiempo es un símbolo de todos los seres humanos. Porque nosotros somos como piezas de un rompecabezas, revueltas e incoherentes, donde hay trozos de un paisaje desconocido, y cuando llega una mano hábil que va ordenándolas, surgen, poco a poco, árboles, casitas de techos rojos y chimeneas humeantes, mozas que llevan haces de leña... De la misma forma, las manifestaciones desordenadas y confusas de nuestro temperamento van coordinándose por una influencia superior hasta que queda conpletamente revelado el verdadero cárácter... Es usted fuerte y jóven; pasemos juntos bajo el arco de la vida.

NANCY

Es imposible, Lo siento mucho, Jorge, pero mi paisaje interior, ese paisaje que ha pretendido usted descubrir, se escuentra formado ya por mis propias manos.

JORGE

No lo creo, Nancy; permítame que no lo crea. Yó he ido reuniendo las piezas sueltas, poco a poco, y he visto surgir un corazón...

NANCY

¡Si! Un corazón para recoger el latido emocionado de las cosas...

JORGE

Y para encenderse con su propia emoción, para imprimir en él los surcos de un largo desfile de actos realizados.

NANCY

No insista, Jorge, se lo suplico. Debe usted reconocer su error.

JORGE

No puedo estar equivocado, Nancy; yo sé que me ama, que sería para usted una gran tortura vivir sin tenerme a su lado, sin tener mi hombro, donde apoyar su frente.

NANCY

¡Basta! Le prohibo que siga hablándome en esa forma. Es mucho su atrevimiento. *Jorge parece un momento desconcertado. Toma su sombrero y se dirige hacia la puerta lateral derecha.*

JORGE

Perdóneme, Nancy; no nos volveremos a ver...

NANCY

Con un grito involuntario, lleno de emoción, al notar que se marcha Jorge. ¡Jorge! ¡Jorge!

Jorge, al oirla, retrocede rápidamente y acercándose a Nancy le besa las manos con reconocimiento.

TELÓN RÁPIDO

FIN DE LA OBRA

IMP. «LA EXPOSICIÓN».-FEDERICO DE CÁSTRO, 18.-SEVILLA

CINCO

PESE

"TABLEROS"
Revista internacional de
arte, literatura y critica
CUCHILLEROS 3